NO MIRES CAER LA LLUVIA

ÁNGELA ROSAS

Estoy sola. Me entretengo en mirar la tarde gris por la ventana. Las nubes se revientan. En el vidrio empañado las gotas resbalan. Anochece. El foco amarillento que trata de iluminar la cuadra desde la esquina, se rinde.

Se escucha un trueno ensordecedor. El rayo ilumina a dos hombres que pelean. Uno de ellos grita antes de caer: “Déjame, miserable, no te debo nada, tengo hijos pequeños, Alfredo, no me mates”.

El otro salta encima. Le da varios golpes. Algo brilla en su mano. El de abajo emite ruidos semejantes a los que hizo un cerdo que vi degollar.

No puedo evitar lanzar un grito. El hombre voltea hacia mí en el momento en que otro relámpago nos ilumina. Solo nos separa el alfeizar de la ventana. Nos miramos. Su nariz ocupa gran parte de su cara redonda. Su boca se cierra con gesto de odio. Sus ojillos como dos rendijas negras, analizan mi rostro de arriba abajo. Me quedo paralizada.

De nuevo se hace la oscuridad. La lluvia arrecia. Cuando la calle se ilumina con un nuevo resplandor, solo yace en ella el que fue apuñalado, ya sin vida, cubierto de sangre deslavada.

La puerta de la casa nunca ha sido muy segura. Me siento a esperar.